

Cinco libros de la colección de poesía Un libro por centavos

Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

...Y el arroyuelo azul en la cabeza

Eduardo Carranza
2016, 72 pp.

Para llegar a este silencio

Santiago Espinosa
2017, 75 pp.

El gran amor

Cicerón Flórez Moya
2016, 76 pp.

Partículas

Mauricio Guzmán
2014, 72 pp.

Animal de oscuros apetitos

Nelson Romero Guzmán
2016, 76 pp.

...Y el arroyuelo azul en la cabeza, antología preparada por Miguel Méndez Camacho, nos introduce en la poética compleja de Eduardo Carranza (1913-1985). Los textos seleccionados nos muestran la manera en que el poeta exploró y experimentó con diferentes formas líricas para expresar los rasgos particulares de su universo: el hispanismo y el catolicismo, y las patologías que han compartido los seres humanos desde tiempos inmemoriales, en todas las latitudes: el amor, la violencia, la belleza y la melancolía. De pronto porque hoy estamos más acostumbrados a leer el verso libre, o porque nos hemos enfrentado a escrituras de vanguardia arriesgadas y rebeldes del mismo período, nos extraña encontrarnos con este bestiario poético, que a veces tiene un tono conservador, superficial y retórico. Carranza incorpora e intercala diferentes técnicas de composición: sonetos, hai-kai, cantigas, elegías y verso libre, como si en parte estuviera motivado por indeterminadas fijaciones estéticas o por una obsesión plástica con la belleza; o como quien prueba mil maneras de tender un puente entre el yo y la realidad.

Tengo la fortuna de haber leído antes la obra de María Mercedes Carranza. Así, me acerco a este libro con la curiosidad de leer a su padre —con todo lo que esto simboliza en términos de poder— más que al fundador del movimiento Piedra y Cielo. Al final, encuentro lo que esperaba: una escritura conservadora en medio del tormentoso siglo XX, de la que ella se apartaría; pero también poemas cargados de imágenes vivas y de experimentos y diálogos que entretujan culturas, ecosistemas y geografías.

Para llegar a este silencio es una antología de autor que ofrece, más que poemas, el mapa de una existencia. Los poemas de Santiago Espinosa (Bogotá, 1985) no son ficciones ni traducciones de un estado de la realidad a otro; manifiestan una relación íntima entre el autor y diferentes episodios de su vida. Son anecdóticos porque nos hablan de sus viajes, de su familia, de los seres anónimos que se desplazan por la ciudad en donde vive o con los que ha conversado, como un fabricante de helados o un señor que trabaja cuidando una excavadora. En la esquina inferior de los poemas encontramos con frecuencia una dedicatoria, un signo de lo que, al concluir el libro, es más que evidente: para Espinosa la poesía está cargada de cariño. Ninguno de estos poemas está escrito gratuitamente; cada texto tiene una razón de ser, pues “es inútil que escribamos sobre todo”. Aquí lo que está escrito tiene una relación directa con lo biográfico: un viaje a Nueva York, a Italia, la relación del poeta con su padre, sus abuelas, la música, la pintura y la arquitectura; los dolorosos recuerdos de una enfermedad en la familia y el impacto que tuvo la tragedia de Armero en su infancia.

La poesía de Espinosa evoca un mundo en el que las historias, las personas, la naturaleza, la geografía y el arte están unidos por una mirada singular y atenta, que al ver más allá de lo visible se encuentra, sobre todo, con el pasado. En este libro la experiencia poética del sujeto lírico, que se identifica con el autor, consiste en que todo lo que mira, en el presente, está embrujado por algo que ya pasó, como si el presente se cargara de emociones viejas, de la infancia; como si premoniciones caducas acecharan su percepción del mundo. A Espinosa le pasa lo

mismo que al tamborero de su poema: tiene “orillas de niebla asomándose en los ojos / como el que sueña con un delta / de aves negras / hasta olvidarse de las palabras”. En una carta, Emily Dickinson escribió: “La naturaleza es una casa embrujada; el arte, una casa a la espera de que la embrujen”. Espinosa vive en un entorno semejante, y sus poemas comparten la expectativa de Dickinson para el arte. En un poema llamado “Fantasmas”, el autor susurra: “No, no los he visto. / Apaga la luz y no hagas ruido. / Pero antes un secreto: / todavía los espero”.

Con *El gran amor* me acerco a Cicerón Flórez Moya por primera vez. Es un periodista galardonado que explica su nacimiento a partir de un relato que despierta mi interés: cuenta que llegó a este mundo en una embarcación que se mecía al vaivén de una tormenta. Lo curioso es que el día en que llegó esa embarcación —la fecha de su cumpleaños— fue el 28 de diciembre, el Día de los Inocentes. ¿Qué me hace esperar la ficción de su autobiografía? Encontrar una escritura que surge del mito y es atravesada por la ironía. En su lugar, la mayor parte de *El gran amor* consiste en poemas que le piden al amor algo que quizás sea demasiado: venir, llegar, demorarse. El llamado a la amada, la súplica amorosa, es el eje sobre el que gira este libro. Con cada llamada, la interpelada se ausenta más. A veces desaparece tanto que pareciera tratarse de una poesía mística: más de una vez me detuve a revisar si la voz lírica había cambiado de destinatario y se dirigía a Dios. Sin embargo, algunos poemas dejan claro que esta escritura no surge de una relación con lo divino, sino de un contexto amargo donde el amor es la última esperanza. La voz lírica conjura a la amada para pedirle lo imposible: sanar el horror, el vacío, el desarraigo. No es en vano que nombro a estas tres furias, pues surgen con ahínco para embrujar las líneas de sus textos.

En su lenguaje nostálgico, melancólico y elevado, oímos el legado de la lírica amorosa del Siglo de Oro. En medio de un contexto histórico violento, y angustiado por el paso del tiempo, Flórez Moya busca un refugio en el amor y la lírica.

En *Partículas*, antología de autor, cada poema añade un misterio y una

observación de la realidad para crear un microcosmos al que solo podemos acceder, partícula a partícula, al pasar las páginas. “Si buscáis lo pequeño”, anuncia Mauricio Guzmán en el epígrafe del libro, “¡cuánto más pequeño tenéis que pensar!, ¡cuanto más pequeño tenéis que sentir!”. Los misterios de este libro nacen de la observación científica; la mirada se reinventa en asombros diminutos que el poeta trata de “cubrir con palabras”. El asombro es lo que le permite a Guzmán conectar estética y espiritualmente la ciencia con la poesía hasta el punto en el que le es posible afirmar que “la física y la química son las formas más antiguas de escritura”. Y no es que encuentre un balance entre lo poético y lo científico, lo que encuentra es un núcleo común: la imaginación. “El universo está primordialmente compuesto de vacío”, nos informa Guzmán, y “aquello que, de manera temporal, se hace materia, no deja de ser vacío. En la mirada del tigre hay vacío (...) [cuando el tigre mira la estrella, *es el vacío que mira al vacío*] [el universo no busca crear de su vacío algo distinto; si algo se hace visible, es el ligero palpitar de su belleza]”.

En su empeño por conectar dos lenguajes que acostumbramos separar, Guzmán también trastoca la manera en la que el género poético se desarrolla en la tradición lírica colombiana. En lugar de darle centralidad al yo, e influenciado quizá por la objetividad científica, los poemas no giran alrededor de sus vivencias personales o estado anímico sino que ficcionalizan el mundo que le rodea. Su mundo es nombrado directamente: hay uchuvas, feijoas, mandarinas, copetones y colibríes; diferentes energías que cobran forma para sobrevolar y crecer en distintas regiones de Colombia. Pero son las aguas del lago las que saben a uchuva, y cuando el tigre se baña en él “las aguas desprenden en la superficie un *sabor a mandarina*”. La escritura alquímica de Guzmán convierte la poesía en un género de ficción en el que cada átomo es un poema. Su escritura desordena las relaciones del mundo; las palabras interfieren y reconectan sus redes para hallar otros sentidos, más profundos y verdaderos.

Nelson Romero Guzmán (Ataco, Tolima, 1962) ha sido galardonado con

el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá, del Instituto Distrital de Cultura y Turismo (2007), el Premio Internacional de Poesía Casa de las Américas (2015) y el Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura de Colombia (2015), entre otros. *Animal de oscuros apetitos* rinde testimonio de la fuerza y originalidad de su escritura para “construir un buen vacío”. ¿Cómo lo hace? A partir de la multiplicación, de un juego de espejos donde el sujeto y su reflejo se confunden, donde la lógica del reconocimiento, que siempre reduce lo otro a lo mismo, se encuentra perforada. Si pudiera, lo mejor sería escribir al revés, admite una voz poética frustrada. No se refiere, por supuesto, a la disposición de las palabras o a la estructura del libro; se refiere a un modo de pensar, imaginar y retornos. En el libro, dos poemas dedicados al tigre (que es tanto el mítico de Blake, Borges y Lizardi, como el de la selva y el zoológico) cuestionan nuestras limitadas estructuras de pensamiento al hacer surgir una realidad que tiene mayor correspondencia con la movilidad de un espacio imaginado que con el marco estrecho de una definición o de la dicotomía interior/exterior.

Este libro abre reflexiones filosóficas y poéticas a través de poemas en prosa con imágenes claras y confusas, tiernas, crudas y sorprendentemente únicas. Además, el autor entabla un diálogo con la poesía latinoamericana contemporánea y con la literatura universal; así, no se lee como un objeto aislado sino como un texto interpelado e interpelante, un texto vivo, a pesar de que en el prólogo falso escrito por Silvia Plath se afirme que “estos poemas no viven”. Es un placer dejarse arruinar y vaciar por la escritura de un autor que claramente dedica su vida a alimentar los oscuros apetitos de un animal insaciable.

Tania Ganitsky